



## Haciendo un balance preliminar y precario (La democracia en apuros)

Universidad SEK  
Agosto 2023



Dr. Osvaldo Puccio

El proceso de reordenamiento y posicionamiento global que venía desarrollándose desde el fin de la Guerra Fría, sin intervención directa ni explícita de la fuerza armada, entre los actores principales del orden internacional en el contexto de un proceso de globalización que despertó enormes expectativas, pero también víctimas de él, y que hemos llamado “interregno hegemónico”, fue interrumpido con violencia por una acción militar rusa (perdedor de la Guerra Fría) y uno de los contendientes por un rol hegemónico principal en plena Europa y en la frontera con la Unión Europea.

El cuadro global hasta la invasión de Ucrania era, en rigor, una suerte de competencia y tensión hegemónica entre los actores principales del escenario mundial que se había agudizado a partir de la crisis económica y financiera de los países centrales, especialmente EE.UU. en 2008, coincidiendo con la emergencia de China como sujeto protagónico en este juego a partir de lo que fue un crecimiento sostenido que más que doblaba el de las economías principales, una presencia creciente e influyente en las distintas regiones del planeta y cambios tan sólidos como notables en su política interior y exterior, que eran resultado de una definición y disposición a ser actores principales en el nuevo escenario que estaba en curso. Se sumaba a esta nueva posición de China y no obstante una evidente ralentización en los últimos años de su economía, que en todo caso mantiene un dinamismo que la destaca frente a otros países, un desarrollo fuerte e independiente de tecnologías de punta.

Los EE.UU. buscaban en el periodo una presencia y rol más destacado en el Pacífico. Aunque es innegable que los años de gobierno de Donald Trump caracterizados en este aspecto tanto por una relación ambigua en la competencia con China, como un retroceso en la fuerza e iniciativa de la política exterior de los EE.UU., que se tradujeron en un práctico abandono no sólo de sus relaciones atlánticas, sino del cultivo de su influencia y presencia en los distintos espacios geopolíticos del concierto

global fueron un estimulante a que China, pero también la Unión Europea, buscaran desde sus singularidades e intereses propios avanzar en sus posiciones en el cuadro hegemónico global.

Rusia, por su parte, en tanto potencia “derrotada” en la Guerra Fría, con una economía comparativamente pequeña (tiene algo así como el PIB de Italia o Cantón), pero poseyendo una fuerza militar contundente, incluido el segundo arsenal atómico en el planeta desde la implosión de la Unión Soviética, vivió tres procesos combinados. Primero, el reemplazo de una economía central planificada en profundo estado de deterioro por un capitalismo sin más controles y estímulos que una extendida corrupción a partir y a través de los mecanismos del poder central que han significado tanto concentración de la riqueza como arbitrariedad en las decisiones de mercado y no sólo esas, lo que se ha definido como un capitalismo salvaje y corrupto en manos de “oligarcas paraestatales”. En segundo lugar, la conformación de un sistema político en que progresivamente han disminuido hasta su práctica anulación los difíciles avances democráticos logrados a principios de los noventa. Distintos factores han contribuido a ello, desde luego la ausencia de tradición y cultura democrático liberal en el país y la manera, como dijimos, de reorganización de la economía. El tercer elemento fue una sensación, cuando no evidencia, de amenaza y “arrinconamiento” ante el avance de la OTAN en su entorno, considerado por Rusia desde tiempos inmemoriales su espacio de seguridad. A esto podría agregarse una “nostalgia imperial” a partir de un reivindicacionismo histórico de la ya periclitada grandeza rusa que devino en el contenido central de la visión global de Vladimir Putin y su entorno con la que busca sustentar y mantener su status de gran potencia.

La invasión rusa hace ya un año y medio largo, transgrediendo valores básicos del Derecho de Gentes, significó un cambio cualitativo en este proceso de reordenamiento hegemónico a nivel global y desató dinámicas políticas, sociales y culturales cuyas consecuencias son a día de hoy difíciles de prever porque ellas han generado, evidenciado y profundizado otras que hacen el cuadro actualmente existente más ambiguo, más incierto, con actores nuevos y por ello mucho más complejo.

Tanto África como América Latina, con condiciones muy diferentes, aparecen muy cerca de la irrelevancia en el conflicto central que se está dando en Europa. Ninguno de los dos continentes tiene una posición común frente a las potencias en liza, en lo grueso por razones que van desde la reestructuración de su panorama de inversiones a la incertidumbre de cómo y de qué manera terminará el conflicto. En esto juega un papel central no sólo opciones más intelectuales de las distintas políticas exteriores frente a asuntos como grados altos de neutralidad y afirmación del multilateralismo cuyas instituciones, incluida la ONU, se encuentran debilitadas y con un bajo poder de incidencia en los conflictos en curso, sino razones que hacen muy directamente a los intereses materiales de cada uno de los actores.

China ha devenido en socio comercial e inversor principal en muchos países del hemisferio sur y Rusia con una política muy proactiva hacia el África, mantiene zonas destacables de influencia en el continente.

África, especialmente la subsahariana, es cliente principal de la industria armamentista rusa y no pocas dictaduras de la región han reclutado a los mercenarios de Wagner como “guardia pretoriana”. Rusia es el país con mayor cantidad de acuerdos militares con el África subsahariana. Vale aquí en este contexto recordar que a los pocos días de la rebelión de esta empresa mercenaria y ser calificado su propietario Prigozhin como traidor por el propio Putin, apareció en San Petersburgo en la conferencia sostenida por el gobierno ruso con una cincuentena de países africanos que contó con 17 jefes de Estado. Los resultados efectivos de esa cumbre son debatidos, pero en todo caso fue un acto que mostró una Rusia con un grado menor de aislamiento del que en la línea editorial de los principales medios occidentales se informa. Ello más allá de la condena que manifestaron muchas naciones africanas, en la que el país más explícito fue nada menos que Sudáfrica, por el boicot que hace Rusia a las exportaciones de trigo desde Ucrania que ha causado muy relevantes problemas alimenticios y económicos en distintos países.

La Unión Europea por su parte ha dado un giro en lo que había sido su política de abandono de América Latina como prioridad de sus relaciones internacionales y decidió impulsar una nueva reunión de la conferencia de Europa, Latinoamérica y el Caribe (CELAC), organismo que fue creado en 1999 con el plan de reunirse bianualmente y que, sin embargo, lo había hecho sólo dos veces desde entonces.

Qué duda cabe que tanto la guerra de Ucrania como el rol que ha ido ocupando China en el continente fueron el detonante del giro de la reorientación de la UE hacia el continente, donde China ya superó las relaciones comerciales de este con Europa, que para muchos países americanos, especialmente los del sur, fue tradicionalmente primer o segundo socio.

El resultado de la Conferencia, más allá de algunas manifestaciones exultantes, fue de dulce y agraz. Si bien Bruselas comprometió un paquete de 45 mil millones de euros de Inversión, la declaración final conjunta fue del todo ambigua con relación a la invasión rusa a territorio ucraniano. La posición de Brasil fue determinante en esa ambigüedad, la que tiene directamente que ver con el rol de mediador neutral que Lula quiere jugar en este conflicto. No obstante las indefiniciones de la declaración, Ortega de Nicaragua se negó a firmar.

En el cuadro africano la Unión Europea está padeciendo un creciente rechazo y aislamiento que se hizo más evidente con el golpe de estado en Níger, que agudiza aún más la crisis del Sahel y que obliga a Francia, antigua potencia colonial, a retirarse del país arrastrando con ello a los diplomáticos y cooperantes de diversos países europeos en medio de manifestaciones prorrusas no siendo Moscú, tal como lo

reconocen en la propia Bruselas, instigador ni responsable del golpe. El Sahel se convierte en un polvorín que puede con probabilidad alta desembocar en un conflicto armado en la zona y que por lo pronto ha causado ya el retiro de la misión de Naciones Unidas en Mali.

Las opiniones especializadas tienden a coincidir que Europa con todo y la carga colonial, no tiene hacia el África una política definida a lo que se puede agregar que los EE.UU. tampoco, lo que llegó a extremos durante el mandato de Trump que en sus cuatro años nunca nombró un encargado para ese continente en el Departamento de Estado.

Es China, Rusia y también Turquía las naciones más proactivas en su relacionamiento con África mientras las europeas y estadounidenses son inerciales y con grandes cargas culturales negativas.

Por razones obvias es difícil “despachar” con un par de frases la relación de las potencias mencionadas con América Latina donde, por lo demás, la correlación de fuerzas de las potencias principales del globo, sobre todo en el caso de China, ha tenido un cambio por tiempos larvado, pero constante y sustantivo.

La preocupación principal de la situación en Ucrania, hoy por hoy, es una suerte de cronificación del conflicto, que su iniciador supuso rápido y fulminante. Es una guerra que hace uso de tecnologías del mayor avance del siglo XXI, pero también mezclada con formas de la guerra que ese continente vivió en las trincheras de la Primera Guerra y en batallas de la segunda. El temor mayor, sin embargo, es el peligro de una deriva nuclear dentro de la confrontación.

Pero señalábamos que esta guerra ha puesto el conflicto por las potencias en un escenario distinto, cualitativamente distinto, donde los factores de incertidumbre, temores y debilitamiento de las instituciones multilaterales generan climas que las sociedades pueden manejar con poca pericia y certidumbre. No es menor en ello la función que cumplen los adelantos tecnológicos que despuntan como nuevas formas y espacios de la comunicación y la creación humana de inteligencias que no son sino resultado de la propia, pero con inciertos grados de independencia de ella.

No es necesario subrayar la contribución que aportó la pandemia a la segregación, la ralentización económica y material de las poblaciones más preteridas, en definitiva, en cambios en las estructuras sociales y los mencionados estados de incertidumbre y temor social.

En este cuadro es imposible no señalar, y más allá de los conflictos bélicos, pero muy imbricados con ellos, que la economía se encuentra en las distintas regiones del planeta en el borde de una nueva crisis recesiva, con bajas en el crecimiento, aumento de la deuda y procesos inflacionarios, aún más o menos controlados, no solamente

en las economías centrales. Ello es caldo de cultivo ineludible para un aumento de las tendencias al conflicto y la reivindicación de mejores condiciones de vida o de no perder las que tienen sectores significativos dentro los distintos países con independencia del régimen político que tengan.

Ayuda a graficar la situación el pronóstico muy duro de la FAO que adelantó que el mundo llegará a 2030 con la misma hambre que en 2015.

El fenómeno migratorio se ve potenciado por estas situaciones; hambre, conflictos armados civiles y entre países, y también formas de opresión insostenibles; que impulsa a las personas a emprender el camino hacia mejores valles como indica el instinto nómada de la especie.

Desde luego el cambio climático es resultado de la acción de la especie humana desde tiempos inmemoriales, pero a partir de la revolución industrial en el siglo XIX se acelera y se hace más patente llegando a niveles desconocidos en los tiempos que corren. La evidencia científica que demuestra el rol causante del fenómeno es incontrarrestable y sus explicaciones a partir de los modos de producción y consumo también. A ello es ineludible agregar el factor político, de las estructuras sociales, políticas e institucional que determinan una muy menor capacidad de los países y sus gobiernos para llegar a acuerdos que enfrenten el fenómeno, a lo que se suma una casi nula disposición a cumplirlos, principalmente por parte de los que mayor daño generan.

Esta crisis global, resultado de los problemas que hemos señalado someramente, economía renqueante, guerra en Europa, consecuencias del Covid, aumento y descontrol perplejo de los fenómenos migratorios, aumento de la pobreza y la segregación territorial y social, temores frente al cambio climático, aumento de los fenómenos delictivos y crimen organizado, han generado en todas las regiones del globo y con fuerza singular en Europa, un marco de temor e incertidumbre al que se agrega una distancia creciente de la política y las instituciones que se expresa en lo que el sociólogo alemán Wilhelm Heitmayer ha dado en llamar “apatía empapada de rabia”.

Este estado de cosas ha puesto en apuros a la democracia, ha hecho necesario conceptos como “democracias iliberales” y ha colocado en el debate otros de definición incierta, como “populismo”, que se usa tanto como piedra lanzadera en el debate como caracterización de aquellas tendencias y propuestas que a través de la manipulación de los temores de las sociedades ofrece soluciones simples con mecanismos autoritarios a los problemas complejos que mencionábamos.

Desde luego no se trata de un fenómeno nuevo ni novedoso, la crisis de los 30 en el siglo pasado en Europa son ejemplo no sólo de los mecanismos de existencia, funcionamiento y crecimiento de él, sino y por sobre todo, sus resultados y consecuencias.

En Europa este estado de cosas es el sustento de movimientos de ultraderecha, casi todos ellos con una filogénesis que los ata y vincula a movimientos de espíritu y propuestas similares en el periodo de la post primera guerra que llevaron al continente a la segunda. Estos movimientos se han instalado en casi todos los países de la Unión Europea y en algunos de ellos ya forman gobierno o son parte de coaliciones que lo ejercen.

Aproximarse a este fenómeno es un imperativo central porque ellos hacen peligrar no sólo la democracia, sino y por sobre todo, los avances civilizatorios que ella ha conllevado, especialmente de los 90 en adelante. De eso seguiremos hablando.

Oswaldo Puccio  
Agosto 2023